

Glosas

(De A. B. C. Madrid).

Espejo de longevidad

QUÉ felicidad, para el buen escritor, los ochenta años de Anatole France...! No tanto por la ventaja elemental de acumularlos—con ser ésta bastante seria; véase Goethe, y su opinión de que la primera obligación del hombre es *durar*—como por el privilegio a tal longevidad concedido, de asistir dos veces a la revisión de la obra propia, por dos generaciones sucesivas.

Tantas caben en efecto, dentro de un lapso de medio siglo. La de los hijos y la de los nietos. La que vive en la hora de limitar el precio de una gloria—lo cual para ella, si no para su poseedor, ya constituye un bien—y la que vive en la hora de vindicarla; trayendo, además de un bien a la gloria misma, un goce respetable al buen escritor.

También nuestro D. Juan Valera vivió ochenta años. Pero—porque en España van más despacio las cosas—hubiérale convenido vivir cien. Hubiérale convenido alcanzar el juicio de los nietos, ya que el de los hijos, fatalmente, había de resultarle un poco ingrato.

Valera, el artista

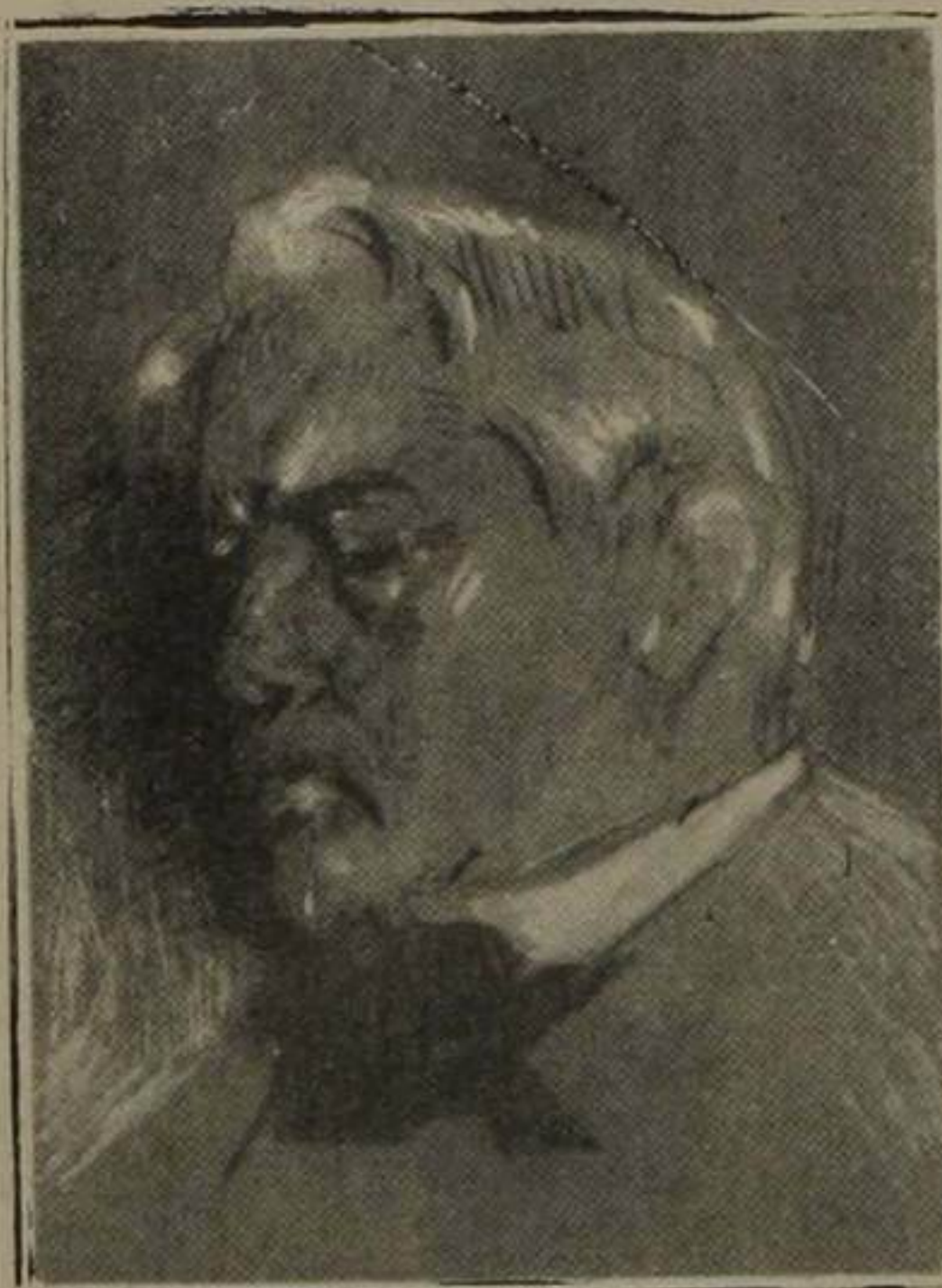
Los nietos de D. Juan Valera empezamos a parecernos en España, en una nota común, que hoy únicamente los más sutiles empiezan a adivinar; pero que más tarde advertirá todo el mundo. Empezamos a parecernos en este rasgo de que la palabra «arte» tiene para nosotros una significación específica y muy alta—por ventura olvidada aquí desde los días de Góngora...—. Hemos vuelto a sentir que, en suma, nuestro oficio de escribir era *un arte*; y a sacar las consecuencias de este sentir.

Cuando los románticos, el escritor español se sentía hermano, bien del profeta, bien del juglar. Cuando los realistas, bien del político, bien del hombre de ciencia—cuando no, del puro industrial pacotillero—. Hoy, un descubrimiento esencial ha sido el de un hecho sencillo: nuestros hermanos son los pintores y los escultores: tal vez los constructores de juguetes o los alfareros.

El crepúsculo del siglo XIX encontró en las cumbres de la literatura española a muchas figuras ilustres, sobre las cuales hoy empiezan a ejercitarse las funciones justicieras de la segunda revisión. ¿Cuál de estas figuras sentiremos amiga y predecesora nuestra, en lo de considerar el oficio de «las letras» como «un arte»?

Echegaray era un retórico. Núñez de Arce, un tribuno. Galdós, un poeta; es decir, un creador, un creador de figuras. Campoamor era un novelista. Lo es, aún, Palacio Valdés. *Clarín* era un filósofo. Doña Emilia Pardo Bazán, un magnífico periodista. Pereda, un pedagogo, Castelar, un mago...

Hubo un artista nada más en aquel tiempo, y el artista fué D. Juan Valera.



DON JUAN VALERA,
en los últimos tiempos de su vida,

(Apunte del natural por
Lorenzo Coullaut-Valera).

Miseria

He hablado un día, en este mismo Glosario, de una obra reciente de Reinach, el sobrino, joven arqueólogo, trágicamente desaparecido en la gran guerra. Recoge este libro, en colección del más elevado interés, los textos de los escritores de la antigüedad clásica relativos a la pintura y a la escultura.

¡Cuán interesante, cuán instructivo, un *Corpus* semejante, que entresacara, de la obra de los novelistas españoles más conocidos, las escenas, las descripciones, las figuras, las páginas todas, referentes o alusivas a tales temas...! Mi amigo José Francés, doblemente calificado como crítico de arte y novelista, debiera dedicar unas vacaciones a tan reveladora tarea; documento indispensable para el futuro continuador de la *Historia de las ideas estéticas*, de Menéndez y Pelayo.

Tarea reveladora, resultado triste. La información más elemental parece haber faltado, en este capítulo, a nuestros autores. Todavía uno de los más admirados oradores actuales, en un famoso discurso, que no era precisamente una improvisación, hablaba de «esculpir el barro

con un cincel».

La Regenta, la novela de *Clarín* tan famosa, tan digna de serlo, empieza por la descripción de una Catedral... ¡Ay! El Flaubert que desgarraba las cuartillas en que el alumno Maupassant se había aplicado a describir un armario normando, ¡qué hubiera hecho con las primeras páginas de *La Regenta*!

Si la belleza—no alambiquemos: hablo de la belleza formal—es una dimensión de las cosas, casi todos los escritores españoles parecen haber andado faltos, en un momento de nuestra historia literaria, de los órganos adecuados a la percepción y aprecio auténticos de esta dimensión.

Pero Valera...

Dos anécdotas

Pero Valera fué de otra ley... Yo alcancé a conocerle en el último año de su vida. El estudiante que llegaba a Madrid para su doctorado alcanzó alguna benevolencia en el magisterio y el trato del gran académico.

Estaba ciego. Y sin que él pudiese ver y juzgar materialmente la edición, acababa por aquellos días de lanzarse al público la segunda de una de sus obras; una elegante narración de que el maestro gustaba sobremanera.

Esta edición contenía ilustraciones. Unos grabados lamentables aludían anecdóticamente, según moda del tiempo, a algunos episodios de la narración.

La tarde de un viernes, la mano del ciego agarró mi brazo y me condujo suavemente a un ángulo discreto de su salón de recibo.

—Usted que me parece interesarse en estas cosas—me decía allí la voz internacional y andaluza—me confesará la